

EL P. José de Moret

DEJAR reducida la historia de Navarra a unos cuantos hombres, a otras tantas fechas y a la indicación de poquísimos sucesos, trabajosamente vislumbrados a la luz turbia de la conjetura, es labor ingrata que la crítica moderna ha debido de llevar a cabo, rindiendo parias a la afición personal de los autores que siempre andan solícitos tras de soluciones negativas, y a la austera entereza de los que buscan la verdad, aunque al hallarla se apodere de ellos, a menudo, la melancolía de las ilusiones perdidas.

De vivir en nuestro tiempo, el P. Moret habría hecho lo que nosotros, incomparablemente mejor, excusado es advertirlo. Su obra entonces no podía seguir los carriles de la nuestra, so pena de desnaturalizar el carácter de su vocación. Comenzar la instauración de la historia de un pueblo que de ella carece por la crítica impasible, constituiría una monstruosidad, equivaldría a ser impotente para escribirla.

Documentos y fuentes que hoy están a nuestro alcance, no lo estaban al del P. Moret. Conocidos habrían modificado ciertos detalles de su narración y ciertas conclusiones de sus juicios; pero el trabajo, en conjunto, fuera idéntico al que hoy poseemos, gracias a la interpretación elemento eminentemente subjetivo que logra, casi siempre, adaptar los hechos al sistema que se preconcebía. El más hermoso lote le tocó a Moret: la construcción apologéti-

ca. Su agudeza, su notorio buen sentido le sirvieron de constante freno. Su entusiasmo es sobrio; sus mismas inexactitudes, razonadas; incurrió en el menor número de defectos que una obra del género de la suya comporta. El que lo dude, compárela con las obras de la escuela sobrarbiense, cuyos innúmeros errores trituró para siempre. Su trabajo suspende por la masa y por la solidez. Tiene partes indestructibles; otras que requieren retoque y ulterior desarrollo: las menos son las que merecen ser derruidas por la piqueta demoledora. Constituye un rico archivo de bien ordenadas noticias que siempre se consultarán con fruto, y que ninguno otro puede sustituir. No ignoró ninguno de los problemas que interesan a nuestra patria, y cuantos de nuevo puedan suscitarse, están allí, por lo menos, a la perfección planteados. Es lamentable que la muerte interrumpiera su labor cuando iba a penetrar en el estudio de una época feracísima en documentos originales.

Lo que dejó por escribir completaría su gloria; pero lo que dejó escrito basta a fundársela imperecedera. (Qué de noticias ignoradas desentrañó! ¡qué de sucesos revueltos desenredó! ¡qué de hazañas reivindicó! ¡qué de calumnias deshizo! ¡cómo afeó la mala fe! ¡cómo fustigó a la ignorancia! ¡cómo remedió el olvido! ¡cómo reparó la incuria! Gracias a él, Navarra se conoce a sí misma, y lo que era confuso sentimiento de personalidad se perfeccionó en plena conciencia nacional. Muchos presentes óptimos ha recibido Navarra de sus buenos hijos; pero quedan por bajo del de Moret. Este patricio insigne proveyó a su madre de una facultad nueva: la memoria.

Las materias que descubrió o ilustró el Padre Moret, son innumerables: la geografía de Baskonia y Cantabria, según los clásicos;

la antigüedad y extensión del baskuenze; la evangelización de las tierras baskónicas; las relaciones mútuas de Baskones y Godos; las expediciones de los Francos a Nabarra; el estado de independenciam de este país respecto a los Reyes de Asturias; la limitada extensión de la conquista musulmana; el cuadro grandioso del reinado de Sancho Garcés y la puntualización de su individualidad; la expansión del imperio de Sancho el Mayor; la jornada Sancho el Fuerte a territorio musulman y sus consecuencias políticas, son, entre otras muchas, páginas que conservan la huella leonina del historiador pamplonés.

Nabarra y singularmente Pamplona, han sido reos de olvido e ingratitud notorios en cuanto a honrar, como corresponde, memoria que tanto las enaltece, pura y amable a los ojos de todos los que comprenden la excelsitud de la Fe, la Patria y la Ciencia, inmortales inspiradoras de la vida y obras del Padre José de Moret.

ARTURO CAMPION

Pamplona, 2 de Junio de 1892.

